

dor que el poder salir honestamente de su brillante esclavitud. Cuando el Rey le propuso que queria hacerle primado del reino, le dijo: „Señor, yo no os lo aconsejo, vuestra bondad me favorece mucho, y tal vez el odio ocupará muy en breve su lugar: un obispo mira los negocios de la Iglesia con otros ojos que un cancelario.” El Rey no mudó de dictámen, y manifestó sus deseos al clero de Cantorberi, el cual tuvo á gran dicha la eleccion de Tomás. Este fue el primer inglés de nacion elevado á esta silla despues de su fundacion. Antes de aceptar una dignidad que segun sus principios debia hacerle morir enteramente al siglo, pidió y obtuvo ser exonerado de todas las obligaciones que podia haber contraido en la corte; luego dejó á Londres para ir á consagrarse en Cantorberi.

Desde entonces comenzó á reflexionar seriamente sobre la santidad del estado en que iba á entrar. En el camino dijo á Heberto, individuo de su clero y digno de su confianza: „probablemente sucederá conmigo lo que con todos aquellos que ocupan grandes puestos, que por lo regular ellos solos ignoran las quejas que el pueblo tiene de su conducta. Comunicadme pues en lo sucesivo todo cuanto dijeren de mí: advertidme sobre todo las faltas que en mí observareis.”

Luego despues de su consagracion pareció un nuevo hombre. Dejó sus vestidos suntuosos, vistió el hábito monástico sobre un áspero cilicio, trayendo encima de él otro vestido conveniente á su dignidad,

pero simple, modesto y largo, de seda obscura y forrado solamente de pieles de oveja. Observó igual sencillez en sus muebles, en su método de vida, y reservó gran parte de sus rentas para alivio de los pobres. Alimentaba todos los dias á ciento y cincuenta, y á doce de ellos les lavaba los pies. Además de estas limosnas egemplares hacia otras infinitas que su humildad tímida y la delicadeza de sus desvelos á favor de los pobres vergonzantes, procuraban igualmente tener secretas. En cuanto á las limosnas establecidas en el arzobispado, duplicó las de Thibaldo su predecesor, el cual habia ya practicado lo mismo con las de aquellos que le habian precedido. Su aplicacion á la meditacion, á la oracion vocal, á la lectura de libros devotos y al estudio de la Escritura y de los padres, igualó á su caridad. Se le oía con frecuencia llorar como perdido aquel tiempo que habia empleado en los negocios del siglo. Su mesa era numerosa, pero sin lujo. En ella colocaba á los literatos á su derecha, y á los monges á su izquierda: los señores y demás seculares comian á parte, temiendo, les decia, no les causase fastidio la lectura latina que duraba todo el tiempo de la comida. Aunque el uso de manjares delicados llegó á serle necesario en fuerza del largo hábito que habia contraido, no dejó de guardar una sobriedad rígida.

33. Un prelado que se entregaba tan absolutamente á Dios, no podia ya dividirse de modo alguno entre la Iglesia y el siglo. Poco despues de su vuelta del concilio de Tours, en el segundo año de

su obispado, envió al Rey los sellos, suplicándole nombrase otro cancelario. El favor de los Príncipes es un peso de que no es fácil descargarse cuando se quiere. Enrique miró como una injuria, que un hombre tan colmado de sus gracias manifestase despreciarlas de este modo. Concibió desde luego contra él una aversion, que solo necesitaba para manifestarse algun pretesto con que no quedase humillado su amor propio. Una diferencia suscitada entre la jurisdiccion civil y la eclesiástica le ofreció ocasion oportuna (1). Enrique I habia concedido á los obispos el derecho de juzgar de los crímenes de sus clérigos, con exclusion de jueces seculares; y Enrique II en la ceremonia de su consagracion juró conservar este privilegio. Este Príncipe, despues de su descontento con el arzobispo de Cantorberi, quiso someter algunos clérigos culpables á la justicia civil, y el arzobispo lo desaprobó. El Rey hizo juntar en Londres el arzobispo y los obispos, valiéndose desde luego de la persuasion para atraerlos á su dictámen. No habiendo podido lograr su intento, le faltó la paciencia; y mirándolos con ojos coléricos, les dijo, ¿si se negaban á observar las costumbres de su reino? (2) Lo que entonces llamaban costumbres no era mas, segun el historiador de Inglaterra, que un caos propio para confundir los usos legítimos con las usurpaciones de la violencia y de la tiranía. Estrechados á contraer un empeño tan general y tan equívoco, opu-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 1. cap. 17. et seq. = Matt. Paris ad ann. 1163.* (2) *Matt. Par. p. 97.*

sieron los prelados algunas cláusulas igualmente vagas, y respondieron que observarian las costumbres, los unos *salvo su orden*, los otros *segun su conciencia*. Ofendido el Rey de estas restricciones, disolvió de improviso la asamblea, y para atestiguar mejor su indignacion salió de Londres el dia siguiente antes de amanecer.

Sin embargo, se esparció el temor entre los prelados, y empezaron á separarse del arzobispo, y prestarse á los votos de la corte. Algunos se esforzaron en persuadir á Tomás, haciéndole entender que el Rey no queria mas que dejar bien puesto su honor á los ojos del público, mediante alguna apariencia de consentimiento de parte del clero. Mediante esto fue el arzobispo á encontrar al Príncipe en Oxford, y le prometió mudar la cláusula que tan vivamente le habia ofendido. Enrique manifestó ablandarse, y pidió que se cumpliese esta promesa públicamente en la asamblea de los obispos y de los señores.

En consecuencia de esto, se juntaron de todo el reino en Clarendon, donde los señores mas poderosos, algunos obispos y Ricardo, maestre de los templarios, personage de mucha consideracion, suplicaron al arzobispo que empezaba á temblar á vista de las resultas de su condescendencia, que reflexionase las desgracias á que se esponia con su clero. El terror los tenia abatidos de tal manera, que cada uno se figuraba ver el hierro levantado sobre su cabeza. Rindióse por segunda vez á instancias tan eficaces, y fue el primero que se obligó. Juró generalmente

observar las costumbres de buena fe, y sin ninguna otra adición. Todos los obispos hicieron despues de él el juramento en la misma forma, mas no tardaron en reconocer un justo motivo de arrepentimiento por haberse comprometido tan absolutamente. En vez de algunos artículos justos y sin inconvenientes, á los cuales los ministros del Rey habian prometido reducir aquella fantasma espantosa de las costumbres, agravaron su peso siguiendo los impulsos ó de la adulacion al Monarca, ó de una envidia secreta contra el clero. Clamó el arzobispo contra el abuso tan enorme que se hacia de la condescendencia de los obispos. En fin, los agentes de Enrique limitaron su coleccion á diez y seis artículos, bastantes sin embargo para consternar las conciencias que fuesen algo timoratas. Esta superchería sumergió al arzobispo en el dolor mas profundo, y le conservó no obstante encerrado en su corazon, hasta que pudo lograr una ocasion de retractarse sin irritar el carácter violento del Príncipe. Habiendo Enrique propuesto al arzobispo que firmase el decreto junto con los otros prelados, y que pusiese su sello, respondió el Santo que la naturaleza del negocio exigia alguna dilacion á fin de concluirle, á lo menos de un modo decente. Con este pretesto ganó tiempo. Al retirarse se llevó un egemplar de las actas de la asamblea.

Apenas hubo juntado los suyos, cuando oyó entre ellos vivos rumores acerca de lo que acababa de suceder. El clérigo encargado de precederle con la cruz, prorumpia en mil invectivas amargas contra el

yugo vergonzoso que se imponia al clero, y contra los prelados que tenian la cobardía de someterse á él. „El arte de agradar y de lisongear, dijo al prelado, es la única sabiduría de que en el dia se hace aprecio. El contagio ha inficionado al pastor, y luego á las ovejas. ¿Qué refugio resta á la inocencia? ¿Quién combatirá por ella despues que el gefe ha sido vencido? ¿Cómo se podrá resistir á una tormenta que trastorna hasta las columnas de la Iglesia? ¿Contra quién clamais vosotros, hijos mios, les dijo el arzobispo? Contra vos mismo, respondió el clérigo, contra vos que acabais de perder vuestro honor y vuestra conciencia, transmitiendo á la posteridad un egemplo tan escandaloso cual es la aprobacion de unas costumbres tan abominables.” El santo arzobispo dijo suspirando: „he pecado, me arrepiento de mi culpa, y me juzgo indigno de las funciones del sacerdocio, hasta espiarla con la penitencia y obtener la absolucion del Sumo Pontífice.” Se impuso inmediatamente penitencias extraordinarias, y envió una persona al Papa á fin de que le absolviese. Alejandro III no aprobó de modo alguno que por una falta en que fue sorprendido, y reparada ya tan generosamente, se hubiese ausentado del altar con peligro de escándalo un prelado de esta distincion. Le mandó espiarla delante de Dios en tanto que le remordiese su conciencia, y usar de la confesion sacramental, sin señalarle no obstante cosa alguna acerca de la reparacion que exigia respecto de los hombres. La denegacion solemne que en seguida hi-

zo Tomás al Rey Enrique, previno bastantemente el escándalo. Al primer rumor de esta novedad, aquel Príncipe violento se dejó arrebatado de la cólera, aunque apenas creía los que todo el mundo publicaba. Mas despues de haber hecho comparecer al arzobispo, viendo que se negaba claramente á firmar las actas de Clarendon, su negro resentimiento se dirigió nada menos que á la muerte del prelado. Temia sin embargo el oprobio que semejante atentado imprimiria en su nombre, y aun mas talvez las revoluciones funestas que escitaria en el reino. Probó por toda suerte de ardidés y de malos tratamientos á reducir al arzobispo á que hiciese dimision de su dignidad. Habiéndole hecho citar en Northampton á una especie de concilio compuesto de todos los prelados y de todos los señores del reino, comenzó por hacerle acriminar el no haber comparecido en persona á una citacion precedente. Justificó el arzobispo que habia respondido por medio de una persona suficiente, segun los términos de la ley. No dejaron por esto de confiscarle todos sus bienes. Exigióle Enrique en seguida quinientas libras de plata que de habia prestado: el arzobispo afirmó que el Príncipe le habia hecho de ellas donacion. Fue sin embargo igualmente condenado á restituirlas sin demora. Sosteniéndose siempre con valor y sinceridad, continuaron pidiéndole cuenta de los bienes inmensos que habia administrado siendo cancelario, y cuya suma ascendia á doscientos treinta mil marcos de plata. Esta proposicion in-

quietó á todos: murmuraban de todas partes, diciendo que ya tenian formada la resolucion de perder al arzobispo. Por lo que toca á este, sin entrar en una justificacion circunstanciada que su poderoso enemigo estaba bien determinado á no admitir, cortó el enredo por el pie, recordando lo que era notorio, que el Rey le habia eximido de todo cargo cuando le hizo aceptar el arzobispado.

Comenzaron no obstante á proceder en forma, y aun á opinar que se le sentenciase; pero la conmocion y la incertidumbre alborotaron muy en breve la asamblea. Algunos obispos aconsejaron al santo que renunciase una dignidad que escitaba borrascas tan peligrosas. Otros juzgaban que este exemplo seria de una consecuencia perniciosa para toda la Iglesia, pues sujetaria las leyes mas sagradas al capricho del Príncipe. El mayor número, sin ser los mas celosos, repugnaban fuertemente el pronunciar, juntos con los legos, una sentencia manifiestamente contraria á los cánones. En fin, despues de haber meditado bien como saldrian de una situacion en la cual no quedaba otro partido que el de incurrir necesariamente en la indignacion del Rey, ó el de hacer traicion á la Religion, convinieron en citar al arzobispo al tribunal del Papa, como reo de perjurio por no haber admitido las costumbres que habia jurado observar. El mismo Tomás apeló al Sumo Pontífice, y se salió al momento de la asamblea. Los cortesanos le llenaron de injurias, mas la violencia no pasó adelante contra lo que se esperaba. La injusticia de los

grandes hizo tan poca impresion en el pueblo, que todos al verle bendecian mil veces al cielo por haberle sacado de un peligro en que ya le creían muerto. Era tan grande la muchedumbre que concurrió á recibir su bendicion, que apenas podia pasar con su caballo. Todos le acompañaron hasta su alojamiento.

34. Por la tarde dos señores de los mas principales fueron á visitarle deshechos en lágrimas, y le aseguraron que ciertos hombres, no menos calificados que acostumbrados al crimen, se habian obligado mutuamente con juramento á quitarle la vida. Él habia ya pensado en evadirse, y este aviso le determinó inmediatamente á la fuga. Para encubrir no obstante su designio, hizo preparar su cama, fingió querer descansar, se acostó, y algunas horas despues se marchó en silencio por una puerta escusada, mientras que todos estaban en el primer sueño. No llevaba en su compañía mas que á su fiel Heberto y á un santo religioso del orden de Semprignan, con los cuales partió disfrazado y por caminos poco trillados hácia el mar.

Al dia siguiente por la mañana sabedor el Rey de la fuga del arzobispo, juntó lleno de temor á los obispos y señores, y les pidió sus consejos con inquietud. Atendiendo al curso que habia tomado este negocio, no hallaron otro espediente mejor que el de continuarle por aquel camino que el mismo Tomás seguia. Se esforzaron en ganarle la delantera, y tomaron todas las medidas para oprimirle en Francia,

donde residia el Papa, á quien enviaron una embajada pomposa y acompañada de ricos presentes; de suerte que decian todos seria gran felicidad si los embajadores no eran despojados en el camino. Entretanto el temor que tuvo la política de ofender á la corte pontificia, ó mas bien por un efecto señalado de los designios benéficos de la Providencia hácia su siervo, se publicó en Inglaterra, en nombre del Rey, una prohibicion rigurosa de molestar las gentes del arzobispo, y de tocar á sus propios bienes.

El Santo llegó luego á Lincoln, despues á una ermita dependiente de Semprignan, donde la delicadeza de su complexion le obligó á descansar tres dias á fin de recuperar algunas fuerzas (1). De allí volviendo hácia la costa meridional por el lado de Francia, y caminando siempre de noche, llegó á las inmediaciones de Sandwich, donde entró en una barca y aportó en cuatro dias á Bolonia. Andaba á pie vestido de monge, haciéndose llamar fray Cristiano; mas estando poco acostumbrado á viajar de un modo tan penoso, en el fin de un otoño molestísimo por la lluvia y los lodos, y muy incomodado ya de la mar, apenas habia andado un poco de camino, se echó en tierra estenuado de fatiga, y dijo á sus compañeros: es necesario que me lleveis ó que me busqueis alguna caballería. Halláronle un caballo que no tenia ni silla ni freno, acomodaron en él su manto, y le montaron con trabajo. Poco despues encontró gente armada, y le preguntaron si era él el arzobis-

(1) *Vit. Quadríp. lib. 2. cap. 2. et seq.*

po de Cantorberi. Les respondió sonriéndose : juzgad vosotros mismos si este es el equipage de un arzobispo ; y partieron sin conocerle.

No fueron menos los peligros que tuvo en el condado de Bolonia , y en la parte de Flandes que hubo de atravesar , cuyos dos condes , primos-hermanos del Rey Enrique II por su madre Sibila de Anjou , estaban prevenidos por este Príncipe , de que Tomás había huido de su reino como un traidor. En Gravelinas , aunque sus compañeros manifestaron tratarle como al mas inferior entre ellos , el dueño de la posada donde fue á parar quedó prendado de sus modales nobles , de su bello semblante y de todo su exterior , á la verdad muy digno de reparo. Su talla era aventajada , tenia una fisonomía de carácter noble , la cara larga , la frente espaciosa , el mirar agradable , la tez por otra parte y las manos muy diferentes de las gentes del trabajo. Como se habia esparcido en todo el pais el rumor de su fuga , y tal vez igualmente sus señas , el mesonero despues de haberle observado con mucha atencion llamó á su muger á parte , y la manifestó sus sospechas. La muger fue apresuradamente á la mesa para considerar en ella al santo prelado , quien movido de su natural afabilidad estaba haciendo fiestas á los niños de la casa , en agradecimiento de aquello poco en que le habian servido. Volvió sonriéndose y dijo á su marido : en verdad lo habeis atinado , ciertamente es el mismo. Desde luego fue á buscar lo mejor que habia , y lo puso en la mesa del que decia ser fray Cristiano,

quien estrañó estas nuevas atenciones. Despues de cenar se postró el mesonero á los pies del Santo , y este se quedó muy perplejo con tan nuevas demostraciones. Habiendo perseverado algunos momentos pensativo , „Señor , le dijo de improviso , doy gracias á Dios por que ha honrado mi casa con vuestra presencia. ¿Y quién soy yo , replicó el prelado? ¿de qué utilidad puede serviros el pobre fray Cristiano? Seguramente , volvió á replicar el mesonero , vos sois cristiano pues sois el arzobispo de Cantorberi.” Viendo el prelado que ya no podia disimular mas , procuró con caricias y con una confianza que ya era indispensable , obligar á su hospedero al secreto , y le convidó á acompañarle al dia siguiente.

Partió antes de amanecer , y despues de haber andado doce léguas á pie en un tiempo malísimo , siempre con agua y lodos , llegó al monasterio de Clairmarais , cerca de San Omer. En el mismo dia llegaron allí los embajadores que el Rey de Inglaterra enviaba al Papa , por cuya causa se vió precisado el arzobispo , á pesar de estar rendido de cansancio , á abandonar de noche á Clairmarais despues de máitines , y retirarse á una ermita de San Bertin , donde permaneció oculto por espacio de tres dias , y despues á instancias del abad y de los monges pasó al propio San Bertin.

35. Entretanto los embajadores de Inglaterra llegaron á Compiègne donde estaba el Rey Luis el joven , y le entregaron las cartas por las cuales el Rey su amo rogaba á Luis que no admitiese en sus esta-